

## LA CULTURA ES ALGO ORDINARIO\*

(1958)

La parada del autobús estaba junto a la catedral. Yo había ido a ver el mapamundi, con sus ríos saliendo del Paraíso, y la biblioteca con cadenas, a la que un grupo de clérigos había podido acceder con facilidad, pero para lo que yo tuve que esperar una hora y camelarme a un sacristán que me permitiera ver al menos las cadenas<sup>1</sup>. Ahora, al otro lado de la calle, un cine anunciaba *Six-Five Special* y una versión de dibujos animados de *Los viajes de Gulliver*. Llegó el autobús, en el que iban un conductor y una cobradora que se miraban profundamente absortos el uno al otro. Salimos de la ciudad atravesando

---

\* «Culture is ordinary» (1958), extraído del libro *The Raymond Williams Reader* (2001), pp. 10-24. [Traducción de Ricardo García Pérez.]

1. Se trata del mapamundi y la biblioteca con cadenas de la Catedral de Hereford. El mapa data del siglo XIII y la biblioteca con cadenas se denomina así por el sistema de seguridad que impedía la sustracción de volúmenes: una serie de cadenas que unía la cubierta del libro a los anaqueles, de tal modo que pudieran extraerse del estante, consultarse junto a la estantería o llevarse incluso a un escritorio próximo manteniendo la obra siempre unida a su lugar de almacenamiento. [N. del T.]

el puente viejo y pasando por los huertos, las verdes praderas y los campos rojizos bajo el arado. Teníamos delante las Black Mountains y ascendimos entre ellas contemplando los empinados remates de los campos ante los muros grisáceos, más allá de los cuales los helechos, los brezos y los tojos todavía no habían cedido terreno. Al este, a lo largo de la cresta montañosa, se encontraba la hilera de grises castillos normandos; al oeste, el muro fortificado de montañas. Luego, mientras seguíamos ascendiendo, el suelo que había a nuestros pies se transformó. El terreno era ahora calizo y a lo largo de la cuneta se veía una línea de antiguas minas de hierro. Atrás quedaron los valles de cultivo con sus casas blancas dispersas. Ante nosotros se abrían ahora unos valles más angostos: las prensas de rodillo de acero, las fábricas de gas, las hileras de casas grises, las bocaminas. El autobús se detuvo y el conductor y la cobradora, todavía absortos, salieron. Habían hecho esta travesía muchas veces y habían visto todas sus etapas. De hecho, es una travesía que, de una u otra forma, hemos hecho todos.

Yo nací y me crié a mitad de camino de este trayecto de autobuses. El lugar en el que vivía es todavía un valle agrícola, aunque están ensanchando la carretera que lo atraviesa y eliminando las curvas para facilitar el tránsito de camiones pesados hacia el norte. No muy lejos, mi abuelo, como había sucedido en mi familia desde hacía varias generaciones, trabajó como peón agrícola, hasta que fue despedido de la explotación en que lo hacía y, a sus cincuenta años, se convirtió en peón caminero. Con trece o catorce años, sus hijos empezaron a trabajar en las granjas y sus hijas empezaron a servir. Mi padre, su tercer hijo, abandonó la granja a los quince años para convertirse en mozo de equipajes para el ferrocarril, y posteriormente llegó a ser un guardavía que trabajó en una caseta de este valle hasta su muerte. Yo subía por la carretera para acudir a la escuela del pueblo, en la que una cortina separaba las dos clases: la de segundo, hasta los ocho o nueve años, y la de primero, hasta los catorce. A los once acudí a la escuela secundaria y, después, a Cambridge.

La cultura es algo ordinario: por ahí es por donde debemos empezar. Crecer en aquella tierra significaba ver la forma de

una cultura y sus modos de cambiar. Yo podía subir a la montaña y mirar al norte, hacia las granjas y la catedral, o al sur para ver el humo y las llamaradas de un horno de explosión que originaba una segunda puesta de sol. Crecer en aquella familia era ver cómo se moldeaban las mentalidades: el aprendizaje de nuevas destrezas, la transformación de las relaciones, la emergencia de una lengua y unas ideas diferentes. Mi abuelo, un trabajador rudo y corpulento, lloró en la reunión del distrito cuando contó con elegancia y vehemencia su despido de la explotación agraria. No mucho antes de morir, mi padre recordaba sosegada y alegremente cómo organizó en el pueblo una rama del sindicato y una agrupación del Partido Laborista, y hablaba sin resquemor de los «mantenidos» de la nueva política. Yo hablo un idioma distinto, pero pienso en estas mismas cosas.

La cultura es algo ordinario: éste es el primer dato. Todas las sociedades poseen su propia forma, sus propias finalidades, sus propios significados. Todas las sociedades los expresan en las instituciones, en las artes y en el saber. Construir una sociedad significa descubrir significados y orientaciones comunes, y dicha construcción comporta un debate y una mejora continuos bajo las presiones ejercidas por la experiencia, el contacto y los descubrimientos, los cuales van escribiéndose en el territorio. Allí es donde crece una sociedad, aunque también se hace y se rehace en todas las mentalidades individuales. La construcción de una mentalidad supone, en primer lugar, el lento aprendizaje de formas, propósitos y significados que hagan posible el trabajo, la observación y la comunicación. Luego, en segundo lugar, pero con idéntica importancia, se somete a los mismos a la prueba de la experiencia, la construcción de nuevas observaciones, comparaciones y significados. Una cultura presenta dos aspectos: los significados y orientaciones conocidos, para los que sus miembros han sido entrenados, y las nuevas observaciones y significados que se nos brindan para ser puestos a prueba. Así son los procesos ordinarios de las sociedades y las mentalidades humanas, y a través de ellos percibimos la naturaleza de una cultura: que

siempre es tradicional y creativa a la vez, que se compone al mismo tiempo de los significados comunes más ordinarios y los significados individuales más elaborados. Empleamos la palabra «cultura» en estos dos sentidos: para referirnos a una forma de vida en su conjunto, a los significados comunes, y para referirnos a las artes y el conocimiento, a los procesos especiales del quehacer creativo e innovador. Algunos autores reservan el término para uno u otro de estos sentidos; yo insisto en ambos y en la relevancia de su conjunción. Las preguntas que planteo sobre nuestra cultura son preguntas sobre nuestros propósitos comunes y generales, pero también versan sobre hondos significados personales. La cultura es algo ordinario en toda sociedad y en todas y cada una de las mentalidades.

Ahora pasemos a dos sentidos de la palabra «cultura», dos matices añadidos a ella, que reconozco pero me niego a aprender. El primero lo descubrí en Cambridge, en un salón de té. A mí, dicho sea de paso, Cambridge no me oprimía. Aquellos edificios antiguos no me abrumaban porque yo procedía de un país con veinte siglos de historia escrita ostensiblemente sobre su tierra: me gustaba pasear por un palacio Tudor, pero no me hacía sentir insignificante. La existencia de una sede del conocimiento no me eataba: conocía la catedral desde siempre y las bibliotecas en las que ahora me siento a trabajar en Oxford tienen un aspecto similar al de la biblioteca con cadenas. En mi familia el conocimiento tampoco era ninguna extravagancia; con mi beca de Cambridge yo no era un espécimen nuevo ascendiendo por una escalera todavía sin transitar. Aprender era algo ordinario; aprendíamos donde podíamos. Para nosotros siempre había tenido sentido salir de aquellas casas blancas y desperdigadas para convertirnos en eruditos, poetas o maestros. Pero muy pocos de nosotros conseguíamos eludir trabajar de inmediato; de modo que sobre este tipo de aprendizaje se había impuesto un precio más alto, mucho más alto del que pudiéramos pagar a título individual. Ahora que podíamos pagarlo en común, la vida era buena y ordinaria.

La universidad no me oprimía, pero el salón de té, que oficiaba como uno de los departamentos más antiguos y respetables,

era otra cosa. Allí había cultura no sólo en cualquier sentido que yo ya conociera, sino en un sentido especial: como signo exterior exhibido con énfasis por un tipo de personas especiales, las personas cultivadas. La gran mayoría de ellos no eran particularmente sabios; practicaban pocas artes, pero las conocían y te demostraban que así era. Supongo que todavía siguen allí exhibiéndolas, aun cuando deben de oír ruidos bruscos procedentes del exterior emitidos por unos cuantos estudiantes y escritores a los que llaman (¡qué consoladoras son las etiquetas!) «jóvenes airados». En realidad, no es necesario ser brusco. Se trata simplemente de que, si eso es cultura, no la queremos; hemos visto cómo viven otras personas.

Claro que no es cultura, y aquellos de mis colegas que, por detestar el salón de té, convierten sin más la cultura en una palabra malsonante se equivocan. Si las personas del salón de té continúan insistiendo en que la cultura radica en sus triviales diferencias de comportamiento y en sus pueriles variantes de un hábito lingüístico no podemos detenerlos, pero sí podemos ignorarlos. Ellos no son tan importantes como para lograr sacar a la cultura del lugar al que pertenece.

No obstante, había escritores de los que leía entonces a quienes probablemente también desagradara el salón de té y que en mi mente pertenecían a la misma categoría. Cuando ahora leo libros como *Civilización*, de Clive Bell<sup>2</sup>, no experimento tanto desacuerdo como estupor. Me pregunto qué clase de vida puede ser la que produzca este extraordinario recargamiento, esta extraordinaria decisión de llamar «cultura» a determinadas cosas y después aislarlas de la gente y el trabajo ordinarios como se hace con una verja de un jardín. En casa solíamos reunirnos para tocar y escuchar música o recitar y escuchar poemas, pues apreciábamos el lenguaje elaborado. Desde aquella época he escuchado música y poemas mejores; hay todo un mundo para inspirarse. Pero por mi experiencia más ordinaria sé que el interés está ahí, que la

2. Clive Bell (1881-1964). Crítico inglés, asociado con el grupo de Bloomsbury, formado entre otros por Virginia Woolf. [N. de la Ed.]

capacidad está ahí. Como es lógico, siguiendo aquella travesía en autobús hasta mucho más lejos, la vieja organización social en la que estas cosas encontraban su lugar se ha quebrado. La gente se ha visto empujada y se ha concentrado en nuevas variedades de trabajo, en nuevas formas de relación; un trabajo, dicho sea de paso, con el que se erigieron las verjas y las viviendas que hay en su interior y que ahora, por fin, está llevando una forma de vida limpia, decente y con comodidades a las propias personas, para disgusto unánime del salón de té. La cultura es algo ordinario: agarrémonos con firmeza a esta idea pese a todos los cambios.

El otro sentido o matiz que me niego a aprender es muy distinto. Sólo hay dos palabras inglesas que rimen con «cultura» y, según parece, son «sepultura» y «buitre»<sup>3</sup>. Todavía no llamamos a los museos, las galerías de arte o incluso a las universidades «sepulturas de la cultura», pero últimamente he oído hablar mucho de los «buitres de la cultura» (el ser humano tiene que hacer rimas), y en esa misma jerga occidental también oigo hablar de los bienhechores, de los intelectuales y de los excelsos mojigatos. Ahora bien, no me gusta el salón de té pero tampoco me gusta ese abrevadero. Sé que hay gente que carece de sentido del humor para el arte y el conocimiento, y sé que hay cierta diferencia entre la bondad y la gatzmoñería. Pero también rechazo de plano las cada vez mayores implicaciones de esa jerga cada vez más extendida que es la auténtica jerga de una nueva variedad de picaresca. Porque, dicho con toda honestidad, ¿cómo puede alguien utilizar una palabra como «bienhechor» con esta nueva y poco convencional complacencia? ¿Cómo puede alguien atrofiarse hasta alcanzar un estado en el que debe utilizar este nuevo retruécano para referirse a cualquier aditamento del conocimiento o de las artes? Es evidente que lo que tal vez comenzara como una tendencia hacia la hipocresía o la pretenciosidad (esta última, una palabra en sí misma de doble filo), está convirtiéndose en

un tic motivado por la culpa ante la mención de cualquier tipo de criterio riguroso. Y la palabra «cultura» se ha visto poderosamente comprometida por este condicionamiento: Goering<sup>4</sup> echaba mano de la pistola; otros muchos echan mano de la chequera; ahora, un número cada vez mayor echa mano del toque de jerga más reciente.

En estos ambientes, la palabra «bueno» ha sido despojada de gran parte de su significado mediante la exclusión de su contenido ético y el énfasis en un criterio puramente técnico; hacer un buen trabajo es mejor que hacer buenas obras. Pero ¿es preciso que recordemos que cualquier sinvergüenza, campando a sus anchas, puede hacer un buen trabajo? La sutil reafirmación de la eficiencia técnica no es ningún sucedáneo de una referencia humana positiva en general. Pero los hombres que alguna vez hicieron esta referencia, los hombres que querían ser escritores o eruditos o iban a serlo son ahora, con toda la apariencia de sentirse satisfechos de ello, hombres anuncio, chicos de la publicidad, nombres que aparecen en la prensa satírica. Estos hombres adquirieron destrezas, aditamentos, que ahora están al servicio de la explotación más descaradamente gravosa para la inexperiencia de la gente ordinaria. Y es esta nueva y peligrosa clase de hombres la que ha inventado y difundido la jerga en una tentativa de predisponer a la gente ordinaria (que, como hacen un trabajo real, tienen criterios reales en los campos que conocen) contra los criterios reales en los campos que estos hombres conocían y han abandonado. El viejo charlatán todavía acude al mercado; ha vuelto con su pretencioso montón de anillos o relojes de oro ganados con las medias coronas obtenidas de los chicos del campo. Él considera que sus víctimas son una multitud tarda e ignorante, pero ellos viven y cosechan la tierra mientras él carraspea detrás de su tenderete ambulante. El charlatán realiza su tarea en despachos con *decoración* moderna y utiliza sobras de lingüística, psicología y sociología para influir en lo que él cree

3. «Buitre» en inglés es «vulture», que rima con «sepulture» y «culture». [N. del T.]

4. Hermann Goering (1893-1943). Oficial nazi, responsable de la política armamentística de la Alemania de Hitler. [N. de la Ed.]

que es la mentalidad de las masas. Sin embargo, también tendrá que recoger y marcharse, y entre tanto no vamos a dejarnos influir por su charla; sencillamente podemos negarnos a aprenderla. La cultura es algo ordinario. El interés por el conocimiento o las artes es simple, agradable y natural. La naturaleza positiva del ser humano es el deseo de conocer lo mejor y de obrar bien. Las interferencias no deben hacernos huir espantados de estas cosas. Hay muchas versiones de lo que tiene de malo nuestra cultura. Hasta este momento he tratado únicamente de desbrozar los residuos que nos dificultan pensar en ello con rigor. Cuando llegué a Cambridge encontré dos influencias muy importantes que han dejado una impresión muy honda en mi mente. La primera fue el marxismo; la segunda, las clases de Leavis<sup>5</sup>. Sigo respetando ambas cosas pese a todas las discrepancias posteriores.

Los marxistas decían muchas cosas, pero las importantes eran tres. En primer lugar, decían que una cultura debe interpretarse en última instancia en relación con el sistema de producción subyacente a la misma. He discutido esta idea desde el punto de vista teórico en otros lugares (es una idea más compleja de lo que parece), pero sigo aceptando el énfasis que se pone en ella. Todo lo que había visto crecer en aquella tierra fronteriza me llevaba a hacer un énfasis semejante: una cultura es una forma de vida en su conjunto, y las artes forman parte de una organización social a la que el cambio económico afecta de forma clara y radical. No tuvieron que enseñarme la insatisfacción con el actual sistema económico, pero las preguntas subsiguientes acerca de nuestra cultura eran, en estos términos, muy vagas. Se decía que era una cultura dominada por las clases sociales, que restringía deliberadamente una herencia común a una pequeña clase social mientras dejaba ignorantes a las masas. Yo aceptaba el diagnóstico de la restricción; todavía es muy evidente que sólo los pobres que lo merecen reciben muchas oportunidades educativas, y mientras

paseaba por Cambridge no tenía muchas ganas de alegrarme de que alguien hubiera considerado que yo lo merecía; yo no era ni mejor ni peor que la gente que vivía en el lugar del que yo procedía. Por otra parte, y precisamente debido a esto, me enfadaba cuando mis amigos hablaban de «las masas ignorantes»: siempre ha habido un tipo de comunista que ha hablado así y ha encontrado la respuesta adecuada en Poznan y en Budapest, igual que los imperialistas, al formular esa misma suposición, obtuvieron respuesta en India, en Indochina o en África. Hay una cultura inglesa burguesa, con sus poderosas instituciones educativas, literarias y sociales, que vive en estrecho contacto con los núcleos de poder reales. Decir que la mayoría de la población trabajadora está excluida de ellos es evidente y no hay necesidad de demostrarlo, aunque hay una presión sostenida que está empezando a empujar las puertas. Pero seguir afirmando que la población trabajadora está excluida de la cultura inglesa es absurdo; sus propias instituciones están en expansión y, en cualquier caso, no respaldan gran parte de la cultura estrictamente burguesa. Una parte mayoritaria del modo de vida inglés y de su arte y su conocimiento no es burguesa en ningún sentido apreciable. Hay instituciones y significados comunes que en modo alguno son producto exclusivo de la clase media comercial; y hay un arte y un conocimiento, un legado inglés común, elaborado por muchos tipos de seres humanos, incluidos todos aquellos que odiaban esa misma clase y ese sistema que ahora se enorgullecen de consumir. La burguesía nos ha dado muchas cosas, incluido un sistema moral estrecho, pero real; al menos, esto es mejor que sus predecesores palaciegos. El tiempo de ocio que la burguesía conquistó nos ha aportado muchas cosas de valor cultural. Pero esto no quiere decir que la cultura contemporánea sea una cultura burguesa: éste es un error que parece cometer todo el mundo, desde los conservadores hasta los marxistas. Existe un modo de vida de clase trabajadora bien diferenciado, que yo al menos aprecio; no sólo porque me crie en él, ya que ahora en ciertos aspectos vivo de otra manera. Creo que este modo de vida, con su énfasis en la

5. Véase la nota 2 en el texto de este mismo volumen «La idea de cultura común». [N. de la Ed.]

buena vecindad, en las obligaciones mutuas y el mejoramiento común tal como se expresa en las grandes instituciones políticas e industriales de la clase trabajadora, es de hecho el mejor cimiento para cualquier futura sociedad inglesa. Por lo que se refiere a las artes y el conocimiento, constituyen verdaderamente un legado nacional, que está, o debería estar, al alcance de todos. De modo que cuando los marxistas dicen que vivimos en una cultura que agoniza y que las masas son ignorantes, tengo que preguntarles, como ya les preguntaba entonces, dónde demonios han vivido. Lo que yo he visto y conocido no es una cultura que agoniza y unas masas ignorantes.

Así pues, lo que recibí de los marxistas hasta ese momento era cierta relación entre cultura y producción y la percepción de que la educación estaba restringida. Todo lo demás lo rechazaba, como rechacé también su tercer punto: que como cultura y producción guardan relación, la defensa de un sistema de producción diferente es, en cierto modo, una directriz cultural que indica no sólo un modo de vida, sino un conocimiento y unas artes nuevos. Escribí algo sobre ello cuando pertenecí al Partido Comunista durante un periodo de dieciocho meses y descubrí de forma superficial lo que otros autores, tanto aquí como en el resto de Europa, han descubierto con más rigor: las consecuencias prácticas de este tipo de error teórico. En este sentido, presencié el futuro y vi que no era así. La interpretación marxista de la cultura jamás puede ser aceptada mientras mantenga este elemento rector que no debe mantener, esta insistencia en que si uno persigue honestamente el socialismo debe escribir, pensar y aprender de determinadas formas prescritas. Una cultura supone un conjunto de significados comunes, obra de todo un pueblo, a la que se le brindan significados individuales, fruto de toda la experiencia personal y social comprometida de un ser humano. Es absurdo y arrogante suponer que se puede prescribir de algún modo cualquiera de estos significados; se construyen viviendo, se hacen y se rehacen de formas que no podemos determinar de antemano. Tratar de dar un salto hacia el futuro, pretender que en cierto modo uno es el futuro, es una soberana

insensatez. Predecir es otra cosa, es proponer un significado, pero lo único que podemos decir sobre la cultura en una Inglaterra que haya socializado sus medios de producción es que todos los canales de expresión y comunicación deberían mantenerse limpios y abiertos con el fin de que la totalidad de la vida real, que no podemos determinar de antemano, que únicamente podemos conocer incluso en parte mientras vivimos, pueda hacerse consciente y dotarse de significado.

A Leavis nunca le han gustado los marxistas, cosa que en cierto sentido es una lástima, ya que éstos saben más que él sobre la sociedad inglesa moderna y su historia reciente. Él, por otra parte, sabe más que cualquier marxista que yo haya conocido sobre las relaciones reales entre arte y experiencia. Todos hemos aprendido de él en este aspecto, así como también nos hemos enterado de su versión de lo que tiene de malo la cultura inglesa. El diagnóstico es radical y se está volviendo ortodoxo con rapidez. Había una vieja Inglaterra, principalmente agrícola, con una cultura tradicional de magnífico valor. Ésta ha sido sustituida por un estado industrial moderno y organizado cuyas instituciones más características degradan deliberadamente nuestras respuestas humanas naturales convirtiendo al arte y la literatura en supervivientes y testigos desesperados, mientras una nueva vulgaridad mecanizada asola los centros de poder. El único baluarte se encuentra en la educación, que al menos mantendrá vivas algunas cosas y que desarrollará también, siquiera en una minoría, formas de pensar y sentir capaces de comprender lo que está sucediendo y de preservar los valores individuales más nobles. No es preciso añadir hasta qué punto ha acabado extendiéndose este diagnóstico, pese a que al propio Leavis todavía se le reconoce muy poco esta labor. Por lo que a mí respecta, causó una honda impresión en mí; lo bastante honda para que mi posterior rechazo de ella haya supuesto una crisis personal que se ha prolongado varios años.

Porque, obviamente, parecía ajustarse a grandes esferas de mi experiencia. No me decía que mi padre y mi abuelo eran unos ignorantes esclavos de su salario; no me decía que la

cultura comercial elegante y ajetreada (a la que yo he llegado como un extraño, tanto más por cuanto he experimentado durante años fortísimos dolores de cabeza cada vez que pasaba por Londres y veía los anuncios del metro y los periódicos de la tarde) era una cosa en la que uno tenía ponerse al día. Creí incluso haberme vuelto loco, o eso se me hacía pensar, cuando después de una conferencia en la que se hacía el habitual énfasis en que «vecindad» no significa lo que significaba para Shakespeare, yo decía (¡imagínese!) que para mí sí lo era. (Este año, cuando mi padre estaba muriéndose, vino un hombre y trabajó el jardín; otro cargó un camión de troncos para la chimenea y nos lo trajo; otro llegó y cortó los troncos con el hacha para hacer tarugos; otro, no sé quién, nunca nos enteramos, dejó un saco de patatas en la puerta de atrás; una mujer llegó y se llevó una cesta de ropa para lavar.) Pero hasta esto era explicable; yo procedo de un pedazo de la antigua sociedad, pero mi futuro estaba en Surbiton<sup>6</sup> (me costó años encontrar Surbiton y echarle un vistazo detenido, pero para muchos ha servido de símbolo... como no he vivido allí, no podría decir si con razón o no). De manera que allí estaba yo y todo parecía encajar.

Y sin embargo, no todo. Cuando me marché y lo pensé, en realidad no encajaba de la forma adecuada. Para empezar, sabía una cosa: en casa nos alegrábamos de que se hubiera producido la Revolución Industrial y de sus consiguientes cambios sociales y políticos. Es verdad que vivíamos en un valle agrícola muy hermoso y que los valles que quedaban más allá del terreno calizo que veíamos eran muy feos. Pero había un don primordial, un don que aceptaríamos a cualquier precio: el don de la energía, que lo es todo para los hombres que han trabajado con sus propias manos. La máquina de vapor, el motor de gasolina, la electricidad... estos y muchos

6. Antiguo municipio independiente en Surrey, al suroeste de Londres. En la actualidad pertenece al distrito de Kingston upon Thames del área metropolitana de Londres, a unos 20 kilómetros. Kingston upon Thames es una zona esencialmente residencial, muy bien dotada de equipamientos educativos y con los mayores centros comerciales del área metropolitana de Londres. [N. del T.]

otros productos en forma de mercancías y servicios llegaron a nosotros con todas sus consecuencias muy lentamente, pero los adoptamos con toda la rapidez que pudimos, y nos alegramos de hacerlo. He visto utilizar todos estos objetos y he visto los objetos a los que reemplazaron. No tendré paciencia para escuchar ninguna caracterización agria de ellos; ya se sabe el desdén que se puede sentir hacia las cañerías, los «baby Austin»<sup>7</sup>, las aspirinas, los anticonceptivos o la comida enlatada. Pero yo les digo a estos fariseos: el agua sucia, un cubo de tierra, una caminata de seis kilómetros diaria para ir a trabajar, los dolores de cabeza, las mujeres deshechas, el hambre y una dieta monótona... Tanto en la ciudad como en el campo, la clase trabajadora no escuchará (y yo los apoyo) ninguna descripción de nuestra sociedad que presuponga que estas cosas no constituyen progreso: no sólo un progreso mecánico y ajeno, sino un auténtico servicio a la vida. Además, con estas nuevas condiciones había una mayor y más auténtica libertad para disponer de nuestra vida, una mayor y más verdadera capacidad personal allá donde importaba que la hubiera, una voz verdaderamente mayor. Cualquier descripción de nuestra cultura que explícita o implícitamente niegue el valor de una sociedad industrial es verdaderamente irrelevante; nadie conseguiría ni siquiera en un millón de años que abandonáramos esa energía.

De manera que los fundamentos sociales de la argumentación eran inaceptables, pero ¿acaso podía alguien que tratara de ser escritor, erudito o maestro ignorar la acusación de la nueva vulgaridad cultural? ¿Podía uno ignorar la prensa satírica, la multiplicación de charlatanes y la estridente trivialidad en aras de las cañerías, los tractores y los medicamentos? En cuestión de prioridades, sí, si es necesario; pero ¿era en realidad la degradación de la reacción una consecuencia del abaratamiento

7. Apodo asignado por primera vez al modelo de utilitario Austin 7, diseñado en 1921 y comercializado a partir de 1922. Desbancó a otros vehículos y motorizó a miles de personas, que pudieron permitirse adquirir un coche dado su bajo precio con respecto a otros modelos. A partir de entonces, se ha empleado este apodo para otros utilitarios de la marca Austin. [N. del T.]

de la energía? Sé que lo parece, pero ¿es esto de verdad todo lo que podemos decir? Creo que el problema central de nuestra sociedad al llegar a la mitad del siglo es la utilización de nuestros nuevos recursos para construir una buena cultura común; los medios para alcanzar una economía buena y abundante ya los comprendemos. Creo que se puede construir esa buena cultura común, pero para que podamos abordar la tarea con rigor debemos despojarnos de un legado procedente de nuestros críticos más valiosos, un legado compuesto por dos falsas identificaciones, una falsa analogía y una proposición falsa.

La proposición falsa podemos despacharla con facilidad. Es un hecho que la nueva energía nos trajo la fealdad: el carbón supuso suciedad, la fábrica nos trajo aglomeración, las comunicaciones supusieron un barullo de cables. Pero la proposición de que la fealdad es el precio que pagamos, o nos negamos a pagar, por una energía económica ha dejado ya de ser cierta. Las nuevas fuentes de energía, los nuevos métodos de producción y la mejora del sistema de transportes y comunicaciones pueden volver a hacer de Inglaterra un lugar limpio y agradable prácticamente en su totalidad y un lugar que disponga de mucha más energía, no de menos. Toda nueva fealdad es producto de la estupidez, la indiferencia o simplemente la descoordinación; estos asuntos serán más fáciles de abordar que cuando la energía era necesariamente ruidosa, sucia y desfiguradora.

Las dos falsas identificaciones son más difíciles de abordar. Una es la identificación entre la educación popular y la nueva cultura comercial, según la cual esta última emana inevitablemente de la primera. Permitid que las masas accedan a la educación, se nos dice, y ése será inevitablemente el resultado. El asunto es ahora obviamente complejo, pero no puedo aceptar dicha identificación por dos motivos. El primero es una cuestión de fe: no creo que la gente corriente se parezca de hecho a la descripción habitual que se hace de las masas, ni que sus gustos y costumbres sean bajos y triviales. Lo diré de otro modo: en realidad no existen las masas, sino únicamente formas de ver

a las personas como masas. Con la aparición de la industrialización, gran parte de la antigua organización social se vino abajo y ver constantemente a personas que no conocíamos se convirtió en una experiencia personal ardua, de manera que resultaba tentador masificarlas en nuestra mente bajo el calificativo de «los otros». Una vez más, la gente se masificaba físicamente en las ciudades industriales y se impuso prácticamente una nueva estructura de clases (en este sentido, los nombres de nuestras clases sociales y la propia palabra «clase» datan únicamente de la Revolución Industrial). La mejora de las comunicaciones, concretamente el desarrollo de nuevas formas de transmisión múltiple de noticias y entretenimiento, marcó una diferencia insalvable entre el emisor y el público que, una vez más, desembocó en que se concibiera a éste como una masa desconocida. «Masas» se convirtió en un nuevo término para referirse a la chusma: los demás, los desconocidos, el populacho, la multitud diferente de uno mismo. Evidentemente esta fórmula es ridícula si se emplea para conocer a otras personas, pero bajo aquellas nuevas condiciones parecía una fórmula efectiva, la única posible. Era ciertamente la fórmula que utilizaban aquellos cuyo dinero les facilitaba el acceso a las nuevas técnicas de comunicación; el mal gusto y las malas costumbres que los seres humanos atribuyen con mucha facilidad a otros seres humanos se dieron por hecho como si tendieran un puente. La nueva cultura se basaba en esta fórmula y, si rechazo la fórmula, si insisto en que la bajeza no es inherente a la gente corriente, se puede prescindir de mi insistencia, pero seguiré sosteniéndolo. Una fórmula diferente, lo sé por experiencia, produce una respuesta radicalmente distinta.

Mi segundo motivo es de carácter histórico: niego, y puedo avalar esta negativa, que la educación popular y la cultura comercial sean causa y efecto. He expuesto en otros lugares que el mito de 1870, la Ley de Educación de la que se dice que cuando sus escolares crecieron ha dado lugar a una nueva prensa barata y desagradable, es ciertamente un mito. Mucho antes de 1870 había alfabetización más que de sobra para



sustentar una prensa barata, y de hecho antes de que se empezara a hablar de la ley ya había periódicos baratos y realmente malos que se vendían en grandes cantidades. La mala nueva cultura comercial nació del caos social de la industrialización y, en medio de aquel caos, del éxito de las fórmulas «de masas», no de la educación popular. Northcliffe<sup>8</sup> hizo pocas cosas peores que engendrar este mito, ya que si bien la relación entre la mala cultura y el caos social de la industrialización es significativa, la relación entre ella y la educación popular es maliciosa. La revolución de Northcliffe, dicho sea de paso, supuso un cambio radical en la estructura financiera de la prensa, a la que hizo descansar sobre un nuevo tipo de ingresos (la nueva publicidad de masas de la década de 1890) antes que en la construcción de una prensa popular barata, en la que se le habían adelantado de forma generalizada y exitosa. Pero me canso de realizar estos comentarios. Todo el mundo prefiere creer a Northcliffe. Sin embargo ¿acaso nadie, ni siquiera una Comisión Real, lee la historia de la prensa comúnmente más asequible? Cuando la gente lee la historia, la falsa identificación entre educación popular y cultura comercial desaparecerá para siempre. La educación popular nació del otro campo y ha tenido efectos bastante contrarios.

La segunda falsa identificación es la siguiente: que la maldad apreciable en una cultura popular distribuida de forma tan generalizada es una auténtica guía para conocer el estado de la mente y de los sentimientos, la calidad de vida esencial de sus consumidores. Esto lo han dicho demasiados hombres buenos como para que me lo tome a la ligera, pero basándome en las evidencias todavía soy incapaz de aceptarlo. Desde la aparición

8. Alfred Charles William Harmsworth, más conocido como lord Northcliffe (1865-1922), está considerado el creador del periodismo moderno. Tras publicar varios semanarios, fundó *The Daily Mail*, con apariencia sensacionalista, numerosos anuncios y grandes titulares. Iba dirigido a las clases medias, con contenidos específicos para mujeres y una amplia sección de deportes. En 1904 Northcliffe fundó *The Daily Mirror*, representante británico del amarillismo de Hearst, pero cedió la propiedad a su hermano en 1914. En 1908 también cayó en sus manos la propiedad de *The Times*, al que modernizó y cuyo precio de venta redujo. [N. del T.]

de la imprenta, el cine y la televisión, es fácil acumular una aterradora y fantástica amalgama de sentimientos baratos y argumentos estúpidos. Es fácil partir de esto y dar por hecha esta versión profundamente degradante de las vidas reales de nuestros contemporáneos. Pero ¿vemos este extremo confirmado cuando conocemos gente? Aquí es donde, claro está, vuelven a aparecer las «masas»: la gente que nosotros conocemos no son vulgares, pero, Dios mío, ¡piense en Bootle, en Surbiton o en Aston<sup>9</sup>! Yo no he vivido en ninguno de estos lugares, ¿y usted? Pero hace unas cuantas semanas estuve en una casa con un viajante de comercio, un camionero, un albañil, una dependienta, un fontanero, un guardavía, un operario de una fábrica textil, una empleada de servicio doméstico (tal vez, querido amigo, ése sea tu propio tesoro). Detesto describir así a las personas, ya que en realidad se trataba de mi familia y sus amistades. Entonces leen u observan este trabajo del que estamos hablando; algunos de ellos de forma bastante crítica y otros con grandes dosis de placer. Muy bien, yo leo otras cosas, veo otro tipo de entretenimientos y estoy bastante seguro de por qué ellos son mejores. Pero ¿podría yo sentarme en esa casa y realizar esta identificación que se nos propone? Comprenderá que no es la mala conciencia lo que me lo impide; he aprendido modales, muchas gracias. Pero al charlar con mi familia y con mis amigos, hablando como estábamos de nuestras propias vidas, de nuestra gente, de nuestros sentimientos, ¿puede apreciar realmente esta falta de calidad a la que nos referimos ahora? Seré honesto: la busqué, mi formación me ha llevado a ello. Únicamente puedo decirle que encontré tanta capacidad natural para los sentimientos, tanto discernimiento ágil y tanta

9. Bootle es una localidad costera de las inmediaciones de Liverpool; ha sido lugar de retiro a principios del siglo XIX, zona de gran actividad portuaria a partir de la Revolución Industrial y lugar estratégico durante la Segunda Guerra Mundial por su proximidad al mar; tras la reconstrucción por los bombardeos sufridos, la actividad portuaria experimentó un declive entre las décadas de 1960 y 1980 y hoy día es objeto de un gran proyecto de regeneración urbana. Sobre Surbiton, véase la nota 6. Aston es una zona próxima a Birmingham con casi mil años de antigüedad. Se benefició de la Revolución Industrial muy pronto y la universidad que lleva su nombre data de 1895. [N. del T.]

comprensión nítida de ideas circunscritas al ámbito de la experiencia como las que he encontrado en cualquier otro lugar. No lo comprendo del todo, aunque en realidad no me sorprende. Sin duda, hay algo en la psicología de lo impreso y de la imagen que ninguno de nosotros ha comprendido del todo todavía. Porque la identificación parece sensata, pero cuando la somete uno a la prueba de la experiencia, y no hay ninguna otra instancia a cuya prueba someterla, es errónea. Alcanzo a comprender la salvaguarda que proporciona la lectura crítica e inteligente: mi padre, por ejemplo, un lector satisfecho de *The Daily Herald*, extraía con sencillez de la lectura de los informes de la empresa una idea clara, a partir de los nombres, de la rápida evolución de las alianzas y el entrelazamiento de la titularidad de la industria británica, cosa que a mí sólo me había facilitado la lectura de dos o tres artículos académicos; y él había pasado a establecer estos hechos contra las opiniones de una serie de artículos del periódico sobre la propiedad industrial. Eso lo entiendo; es sencillamente inteligencia, aunque esté en parte entrenada. Pero todavía hay más datos sorprendentes: que la gente cuya calidad de vida personal es alta vive aparentemente satisfecha con sentimientos y opiniones impresas de baja calidad. Es cierto que muchos de ellos todavía viven en un mundo personal asombrosamente cercado, mucho más que el mío, y que algunos de sus comentarios personales son de lo más exquisito. Tal vez esto baste para explicarlo pero, en todo caso, sostengo que necesitamos una nueva identificación que se ajuste a los hechos observables.

Pasemos ahora a la falsa analogía que también debemos rechazar. En las discusiones sobre la cultura se conoce como «una especie de ley de Gresham»<sup>10</sup>. Del mismo modo que la

mala moneda expulsa a la buena, así la mala cultura expulsa a la buena y, según se nos dice, esto es lo que ha venido sucediendo en realidad. Si no se puede percibir de forma inmediata el defecto de esta analogía, su respuesta, igualmente eficaz, tendrá que ser histórica. Porque de hecho, por supuesto, no es lo que ha sucedido. Hay más mala cultura, mucha más; y ahora es más fácil distribuirla y hay más tiempo libre para recibirla. Pero pruebe esto en el campo que desee y vea si ha venido acompañado por una disminución del consumo de bienes que todos podemos coincidir que son buenos. El número de ediciones de buena literatura tiende a ser muy superior al de antes; los oyentes de buena música son mucho más numerosos que antes; el número de personas que contempla buenas artes visuales es mayor de lo que ha sido nunca. Si los malos periódicos expulsan a los buenos en virtud de una especie de ley de Gresham, ¿por qué resulta que gracias al aumento de la población *The Times* vende casi tres veces más ejemplares que en la época en que ejercía el monopolio virtual de la prensa, en 1850? Es la ley lo que cuestiono, no la gravedad de los hechos en su conjunto. En lugar de una especie de ley de Gresham que mantenga a la gente insomne por la noche con la pesadilla de una utopía corrupta ahora ortodoxa, digámoslo de otro modo para que se ajuste a los hechos reales: vivimos en una cultura en expansión y todos los elementos que la componen están a su vez expandiéndose. Si partimos de esto, entonces podemos plantear preguntas reales: sobre las tasas relativas de expansión; sobre los problemas sociales y económicos que ello plantea; o sobre las respuestas sociales y económicas. Ahora estoy trabajando en un libro que será la continuación de *Cultura y sociedad* para tratar de interpretar desde el punto de vista histórico y teórico la naturaleza y las condiciones de la expansión de una cultura como la nuestra. No podría haber acometido esta obra si no hubiera aprendido de los marxistas y de Leavis; no podré concluirla a menos que rectifique radicalmente algunas de las ideas que ellos y otros nos han legado.

Me concedo a mí mismo tres deseos, uno por cada uno de los cisnes que acabo de contemplar en el lago. Pido cosas que

10. Principio formulado por vez primera por Sir Thomas Gresham (1519-1579), financiero y protoeconomista británico, en el que se afirma que en una situación en la que una unidad monetaria depreciada está en circulación simultáneamente con otras monedas cuyo valor no se ha depreciado en relación con el de un metal precioso, las monedas no depreciadas tenderán a desaparecer. Esto sucede porque las monedas buenas tenderán a fundirse para ser empleadas como divisa y se incrementará el uso y circulación de las monedas de peor calidad o menor concentración de metal precioso. [N. de la Ed.]

forman parte del *ethos* de nuestro movimiento obrero. Pido que seamos lo bastante fuertes y humanos para hacerlos realidad. Y pido, naturalmente, para el ámbito de mis campos de interés.

Deseo, en primer lugar, que reconozcamos que la educación es algo ordinario: que, antes que cualquier otra cosa, es el proceso mediante el cual se dota a los miembros ordinarios de la sociedad de la totalidad de los significados y las destrezas comunes que les permitirán enmendar dichos significados a la luz de su experiencia personal y compartida. Si partimos de ahí, podemos desembarazarnos de las restricciones que siguen vigentes y realizar los cambios necesarios. No me refiero únicamente a las restricciones monetarias, aunque éstas, claro está, son ridículas y deben desaparecer. Me refiero también a las restricciones mentales: por ejemplo, la insistencia en que hay un estricto número máximo, una fracción del conjunto de la población, capaz de sacar provecho verdaderamente de la educación universitaria, o de la educación secundaria, o de un curso completo de artes liberales. Se nos dice que no se trata de lo que prefiramos personalmente, sino de los crudos y fríos datos de la inteligencia humana tal como nos los muestran la biología y la psicología. Pero seamos francos en este aspecto: ¿acaso la biología y la psicología son diferentes en EE UU<sup>11</sup> y en la URSS (ambos comprometidos con esta expansión de la educación, y no con la rigidez clasista), donde hay cifras muy superiores y fracciones mucho más amplias que superan etapas educativas comparables? ¿O es que, sin más, los ingleses llegaron más tarde a la cola en la que se dispensaba la inteligencia? Por mi parte, creo que nuestro sistema educativo, con sus élites áureas, se parece demasiado a nuestro sistema social (una capa superior de dirigentes, una capa intermedia de supervisores y una gran base de obreros) como para que sea una coincidencia. No puedo aceptar que

11. Williams se refiere aún al periodo de desarrollo de políticas sociales durante los cuarenta y cincuenta en Estados Unidos, antes de que se consolidara el actual sistema clientelar y mercantilizado de las universidades privadas norteamericanas. [N. de la Ed.]

la educación sea un periodo de formación para el puesto de trabajo, ni para hacer ciudadanos útiles (esto es, que se amolden a este sistema). La educación es un mecanismo de confirmación de los significados comunes de la sociedad y de las destrezas humanas para mejorarlos. Los puestos de trabajo se desprenden de este proceso de confirmación: primero la finalidad, y luego la destreza laboral. Estamos convirtiéndonos en una economía en la que necesitaremos muchos más especialistas con formación superior. Por esta precisa razón, pido una educación básica que confiera cohesión a nuestra sociedad e impida que se desintegre en una serie de departamentos de especialistas y que la nación se convierta en una empresa.

Pero no me refiero tan sólo a la reorganización del acceso a variedades concretas de educación, aunque en este ámbito recibiría de buen grado los experimentos y los observaría con atención. Me refiero también al replanteamiento del contenido, que es aún más importante. Tengo el honor de trabajar para una organización<sup>12</sup> a través de la cual los trabajadores enmendaron casi en su totalidad el currículum universitario inglés. Ahora sucede lo que sucedía entonces: el defecto no reside en lo que aparece en él, sino en lo que no está. Si en la próxima generación conseguimos remodelar nuestros programas de estudios hasta el punto de que adquieran plena relevancia para el ser humano y control por su parte, será una prueba de nuestro rigor cultural. Me gustaría ver a un grupo trabajando en ello y presentando sus conclusiones. Porque no debemos temer al cambio; lo antiguo puede o no ser relevante. Yo provengo de un viejo lugar; si un hombre me dice que su familia llegó aquí con los normandos, le digo: «Sí, qué interesante; ¿y le gusta vivir aquí?». Lo antiguo es relativo y muchas tradiciones inglesas «inmemoriales» se inventaron en el siglo XIX exactamente tal cual son hoy. Lo que aquel siglo vital consiguió hacer por sus necesidades podemos hacerlo nosotros por las nuestras; podemos construir por nuestra parte

12. Se refiere a la Oxford University Extra-Mural Delegacy, escuela de adultos. [N. de la Ed.]

un auténtico programa de estudios del siglo XX. Y con ello no me refiero sencillamente a más tecnología; me refiero a una educación liberal plena para todos los miembros de nuestra sociedad; y luego a una formación completa especializada para ganarnos la vida en relación con lo que queramos hacer de ella. Nuestra especialización será superior si ha crecido en una cultura común, en lugar de ser una forma de diferenciarse de ella. Y debemos evitar a toda costa la polarización de nuestra cultura, de lo cual empiezan a abundar signos. La alfabetización superior está expandiéndose de forma directamente proporcional a la expansión de las oportunidades educativas excepcionales, y la brecha entre éstas y la alfabetización común puede ensancharse ocasionando un inmenso perjuicio a ambas y las consiguientes grandes tensiones. No debemos hacer énfasis en la escalera de ascenso, sino en la autopista común, ya que la ignorancia de cualquier ser humano me empequeñece y la habilidad de cualquier ser humano representa un beneficio para el aliento común.

Mi segundo deseo es complementario con el anterior: una oferta mayor y más activa de artes y de aprendizaje para las personas adultas. Ahora dedicamos veinte millones de libras esterlinas al año a todas nuestras bibliotecas, museos, galerías de arte y orquestas, al Consejo de las Artes y a todas las modalidades de educación de personas adultas. Al mismo tiempo, dedicamos 365 millones de libras al año a la publicidad. Cuando estas cifras se inviertan, podremos afirmar que existe cierto sentido de la proporción y del valor. Y hasta que se inviertan estas cifras, que la clase dominante deje de fomentar los sermones sobre el materialismo: ésa es su forma de vida, que la vean. (Pero ellos no sienten vergüenza: durante años, mientras sus propios hijos estaban en la escuela, se han dedicado a dar clases a las mujeres trabajadoras sobre las virtudes de la vida familiar; éste es un caso similar.)

Pido un incremento de la oferta con tres condiciones. No tiene que ser un modo disimulado de mantener alto el consumo, sino algo que se haga por el propio bien que representa. Un ministro del último gobierno laborista dijo que no queríamos

ningún genio de la industria cinematográfica; él quería, presumiblemente, que los tornos de acceso a las salas siguieran girando. La concisa respuesta que podemos dar a esto es que no queremos ningún filósofo de Wardour Street<sup>13</sup> en la dirección del Partido Laborista. Queremos líderes de una sociedad, no técnicos en reparaciones de este tipo de economía cultural.

La segunda condición es que, al tiempo que nosotros debemos evidentemente preservar y extender las grandes instituciones nacionales, debemos también hacer algo para invertir la concentración de esta parte de nuestra cultura. Deberíamos dar la bienvenida, animar y fomentar las tendencias conducentes a un ocio regional que están dejándose ver; como la cultura es algo ordinario, no debería uno tener que ir a Londres para encontrarla.

La tercera condición es controvertida. No deberíamos tratar de extender una cultura prefabricada a unas masas sumidas en la ignorancia. Deberíamos aceptar con toda franqueza que si extendemos nuestra cultura, la cambiaremos: parte de lo que se ofrece será rechazado, otra parte será criticada radicalmente. Y eso es lo que debería suceder, ya que en la actualidad nuestras artes no se encuentran en modo alguno en condiciones de resistir hasta la eternidad sin ser cuestionadas. Hay muchas obras exquisitas; también hay obras de muy mala calidad, y otras obras basadas en unos valores que no tendrían la menor aceptación si alguna vez se expusieran en Inglaterra a la vista de todos. Llevar nuestras artes a nuevos públicos es estar bastante seguro de que en muchos aspectos dichas artes serán transformadas. A mí, al menos, no me da miedo. Yo no esperaré que la clase trabajadora de Inglaterra apoyara obras que, tras la adecuada y paciente elaboración, pudieran no ser aceptadas. El verdadero crecimiento será lento y desigual, pero la ayuda del Estado, francamente, debería suponer un avance en esta dirección, y no un medio de desviar fondos públicos para la conservación de una cultura

13. Calle del Soho londinense que fue el núcleo central de la industria cinematográfica británica y hoy día todavía acoge a gran parte de las empresas del sector. [N. del T.]

parcial, fijada y acabada. Al mismo tiempo, si entendemos bien lo que es avance cultural, sabremos que se trata de una oferta continua en busca de aceptación común; por tanto, no deberíamos tratar de determinar de antemano lo que debería ofrecerse, sino desatascar los cauces y permitir que se presenten las ofertas, cuidándonos de conceder ese difícil espacio al completo, el tiempo completo original, de tal modo que sea un avance real y no sólo una confirmación más general de viejas normas.

Ahora, por supuesto, escucharemos el viejo grito de que no deberían mantenerse las cosas que tuvieran pérdidas. Pero una vez más, esto es una nación, no una empresa. Mantenemos el mismísimo parlamento, aun arrojando pérdidas, porque lo necesitamos, y si fuera mejor con mayores pérdidas, yo mismo y muchos otros como yo lo pagaríamos de buena gana. Pero ¿por qué debería yo mantener a un montón de dudosos artistas?, pregunta don Dinero. ¿Por qué tengo que pagar con mi bien ganado dinero para educar en la escuela pública, a *mi* costa, a un montón de colegiales irresponsables y desagradecidos?, dice la señora de Visón. La respuesta, querida señora, querido caballero, es que no son *ustedes* quienes lo hacen. Tomen conciencia de sus dimensiones: por su cuenta, ustedes no pueden hacer prácticamente nada. Estamos hablando de un método de pago común por servicios comunes; nosotros también pagaremos.

Mi tercer deseo afecta a un campo conexo: el campo presidido hoy día por las instituciones de la «cultura de masas». La gente que dirige estas instituciones suele ser la que se queja de que se gestionen cosas con pérdidas. Pero los grandes periódicos populares, en tanto que periódicos, arrojan pérdidas. No me refiero a los subsidios provisionales, sino al fundamento mismo de la financiación de estas instituciones. Los periódicos arrojan unas pérdidas inmensas que se maquillan con el dinero procedente de la publicidad; eso quiere decir un uso particular de parte del producto de nuestra industria común. Arrojar pérdidas y después recuperarte con este tipo de ingresos es la esencia de este tipo de institución cultural, y es absolutamente característico de nuestra variedad de sociedad capitalista. Todo este poderoso puñado de instituciones de la

cultura de masas tiene una piedra angular: el dinero procedente de la publicidad. Que dejen de mostrarse intransigentes con otras instituciones culturales que arrojan unas pérdidas menores y hagan frente a las suyas con otra parte del artículo principal que ofrecen.

Pero, entonces, ¿qué es lo que deseo? ¿Arrancar esta piedra angular? No, no sólo eso. Señalo simplemente que la organización de nuestra actual cultura de masas está tan estrechamente implicada en la organización de la sociedad capitalista que el futuro de la una no puede concebirse más que en términos del futuro de la otra. Creo que gran parte de la publicidad de nuestro tiempo es necesaria únicamente bajo las condiciones impuestas por el tipo de economía en la que vivimos: la estimulación del consumo orientado hacia productos y empresas concretas mediante artículos a menudo irrelevantes; en lugar de mediante publicidad real, que es una variante ordinaria de un aviso de interés público. En la economía socialista que yo y otros como yo propugnamos, la totalidad de esta pseudopublicidad sería irrelevante. Y entonces, ¿qué? Mi deseo es que resolvamos los problemas que surgirían entonces, donde las cosas necesarias, como los periódicos, arrojarían algo más parecido a sus pérdidas reales sin imponerles el precio de ser unos medios vulgares ni exponerlos a los riesgos del control y la normalización (porque queremos una prensa más libre y más diversa, no lo contrario). Esto va a ser muy difícil, pero no creo que estemos tan faltos de imaginación como para quedarnos mostrándonos mutuamente un par de alternativas lúgubres: o la continuidad de este disparatado proselitismo en el que las noticias y la opinión están inextricablemente involucrados en la algarabía del mercado en cuyo tren viene la nueva esclavitud y la prostitución de la venta de personalidades; o, de lo contrario, un sistema desvaído, monolítico y controlado en el que las noticias y la opinión están en manos del partido gobernante. Ahora deberíamos estar pensando en formas de pagar los servicios comunes que garanticen la adecuada libertad de aquellos que en realidad ofrecen dicho servicio, que al mismo tiempo lo protejan y nos protejan de una minoría dominante, ya sea política o económica.

Creo que hay maneras de hacerlo si de verdad creemos en la democracia.

Pero ésta es la pregunta final: ¿cuántos de nosotros creemos de verdad en ella? Los capitalistas no; ellos están consolidando un poder capaz de sobrevivir a los cambios parlamentarios. Muchos administradores laboristas no creen en ella; ellos la entienden como una sociedad dirigida por expertos en aras de una abstracción llamada «interés público». La gente del salón de té no cree en ella; está bastante segura de que no va a ser una cosa agradable. ¿Y los demás, los nuevos disidentes? Nada ha hecho tanto como los anodinos y abrumadores asuntos culturales por agriar la idea democrática entre sus defensores naturales y por empujarlos hacia un autoexilio airado: esa aparente división de nuestra cultura en, por una parte, una sofisticación distante y misericordiosa consigo misma y, por otra, unas masas adormecidas. Así pues, ¿quién cree en la democracia? La respuesta es bastante sencilla: los millones de personas que en Inglaterra todavía no la tienen allá donde trabajan y sienten. Hay, como siempre, energía transformadora, y en eso es en lo que ha consistido siempre la tarea del intelectual socialista: en atacar los cepos con esa energía. Para empezar, los de las relaciones industriales, la administración pública o la educación; y trabajar en su propio campo de tal forma que esa energía, al liberarse, pueda concentrarse y ser fecunda. Los medios técnicos son bastante difíciles, pero la mayor dificultad reside en aceptar en lo más profundo de nuestras mentes los valores en los que se funda: que debería gobernar la gente corriente; que la cultura y la educación son algo ordinario; que no hay masas a las que salvar, captar o dirigir, sino más bien esta multitud en el curso de una expansión extraordinariamente rápida y confusa de sus vidas. La tarea de un escritor consiste en ocuparse de los significados individuales y hacerlos comunes. Percibo estos significados en la expansión, allá donde, a lo largo de la travesía, los cambios necesarios están escribiéndose en la tierra, donde el lenguaje cambia pero la voz sigue siendo la misma.

## INDIVIDUOS Y SOCIEDADES\* (1961)

Procuramos definir y considerar un principio central: el de la relación esencial, la verdadera interacción entre patrones aprendidos y creados en la mente y patrones comunicados y puestos en vigencia en relaciones, convenciones e instituciones. Cultura es el nombre que damos a este proceso y sus resultados; dentro del proceso descubrimos entonces problemas que fueron materia de debates tradicionales y podemos volver a examinar con este nuevo enfoque. Entre esos problemas, el de la relación entre un individuo y su sociedad es evidente y crucial. Ha sido objeto de discusiones en todo el conjunto de sistemas de pensamiento que constituyen nuestra tradición y aún se lo discute ampliamente sobre la base de la experiencia presente, dado que parece haber coincidencia en que esta cuestión, justamente, está en el centro de los conflictos de nuestro tiempo. Sin embargo, abordamos la experiencia, desde luego, por medio de las descripciones que

\* «Individuals and Societies», extraído del libro *The Raymond Williams Reader* (2001) pp. 65-85. [Traducción de Horacio Pons.]